

Perú como «mineraje racional de sus hijos». Es la dramática situación de España lo que explica, en definitiva, el tono violentamente denigratorio del Lunarejo: Faria es un bobo, un loco, un habladorazo, un truhán ladrador de Góngora; en él, vibran los «pestíferos hálitos de la envidia», y el profesor cuzqueño detecta incluso en él rasgos de herejía. Las reivindicaciones muy concretas de los criollos del Perú forman el probable trasfondo del *Apologético*. Como lo muestra L. J. Cisneros, el propósito del Lunarejo y de quienes apoyaron la edición de la obra fue, en última instancia, político.

CÉSAR ITIER

*Institut National des Langues et Civilisations Orientales* (París, Francia)

**GONZALES, Osmar.** *Los orígenes del populismo en el Perú: el gobierno de Guillermo E. Billinghurst, 1912-1914.* Lima: Mundo Nuevo, 2005, 330 pp.

En el presente texto, Osmar Gonzales hace un análisis de la transición política de los regímenes oligárquicos a los populistas ocurrida en el Perú a inicios del siglo XX. Para ello, se centra en el estudio de un caso particular: el gobierno poco investigado del líder pierolista Guillermo Billinghurst.

Buena parte de la experiencia histórica latinoamericana nos ha demostrado que los procesos políticos de transición hacia el populismo se inician alrededor del año 1930, y, además, que el desmontaje de los regímenes oligárquicos finaliza entre las décadas de 1940 y 1950. Sin embargo, el caso peruano presenta divergencias importantes con la experiencia latinoamericana. En primer lugar, a inicios de siglo, la oligarquía peruana poseyó un liderazgo y un gobierno caracterizados como populistas. Y, en segundo lugar, concluyó su ciclo histórico de manera tardía durante la década de 1970 —gobierno reformista de Juan Velasco Alvarado (1968-1975)—.

El autor identifica estas divergencias y señala que han permanecido al margen de la investigación o poco estudiadas, ya que la historiografía peruana aborda el pasado desde divisiones temporales que no captan la diversidad de tiempos históricos que coexisten en la realidad nacional, así como la dimensión de sus cambios y la persistencia de las continuidades. Por estas razones es que esta investigación se propone comprender, desde la experiencia del gobierno de Billinghurst, a la oligarquía y a la participación política de las clases subalternas como elementos explicativos de la longeva existencia de aquella y la prematura presencia de un régimen populista en nuestra historia.

Gonzales desarrolla la investigación desde una serie de perspectivas sugerentes, que brevemente pasamos a reseñar. En primer lugar, se realiza una disección de la oligarquía: así, se busca reconstruir un mapa de aquellos sectores en donde concentraba sus inversiones, su entramado social, sus diferentes facciones y expresiones partidarias. Esto tiene como objetivo presentar a la oligarquía en toda su diversidad, con lo que desecha el paradigma exclusivamente agroexportador.

En segundo término, examina la emergencia de la candidatura de Guillermo Billinghurst a partir de la presencia de dos elementos: el primero, las fracturas en la elite oligárquica, que le impidieron tener un candidato de consenso en 1912; y el segundo, el surgimiento de un denso tejido social popular —que se evidenció por medio de la presencia de sociedades mutualistas, gremiales, filantrópicas, cofradías, hermandades y sindicatos—, que pugnaba por tener una representación política propia, la cual terminó encarnando el viejo caudillo pierolista.

En tercer lugar, se analiza la caída de Billinghurst a partir de la coyuntura política. El autor sostiene que el gobierno, en sus cortos 16 meses de mandato, mantuvo un importante apoyo popular, que le permitió iniciar reformas en el Estado oligárquico, las cuales abrieron diversos frentes de conflicto. Esto generó la ruptura del gobierno con poderosos actores del escenario político —la Iglesia, el ejército, los partidos y el Congreso—, su aislamiento y una pérdida de legitimidad. El camino a la intervención militar estaba abierto y fue recorrido una vez que el apoyo popular se dividió y decayó.

En cuarto lugar, se examina la etapa subsiguiente a la experiencia del billinghurstismo (1914-1932), y se trata de encontrar las lecciones que los dos principales actores políticos —la oligarquía y las clases subalternas— habrían asimilado. Resulta evidente que la oligarquía flexibilizó su accionar político, aprendió a trabajar sobre la base de ciertos consensos y no solo con la violencia, e incluso aceptó dejar el protagonismo del escenario político a otros actores. Por su parte, las clases subalternas alcanzaron un mayor nivel de organización y conciencia política y fueron permeables a nuevas corrientes ideológicas —el partido comunista y el partido aprista— que fueron ingresando en el escenario político nacional.

En quinto lugar, la investigación analiza una amplia bibliografía. Así, se explora exhaustivamente la producción teórica sobre populismo y la formación del Estado en América Latina. Encontramos, pues, de manera sucinta, las diferentes aproximaciones a la emergencia del fenómeno populista, así como la configuración de los heterogéneos Estados modernos que se han dado lugar en los territorios nacionales.

Quisiéramos esbozar, para terminar, una duda razonable acerca del origen del liderazgo y gobierno de Guillermo Billinghurst. Este personaje fue un caudillo civil, pierolista, salitrero y ariqueño, que varias veces abandonó su sillón de empresario, comerciante o alcalde de Iquique para emprender aventuras políticas que pueden ser calificadas de demenciales —como la del Talismán—, o para vestirse de coronel y ser el jefe de Estado Mayor en el Morro Solar durante la batalla de San Juan, o para financiar secretamente la revolución de 1894-1895. Todas estas experiencias fueron haciendo de él ese héroe romántico que los sectores populares de Lima necesitaban para identificarse desde su ubicación en una sociedad de rasgos estamentales, que aún no tenía claro el concepto de ciudadanía y que vivía el impacto de una limitada industrialización. Tal vez el denominado *populismo*, para el caso de 1912, no sea otra cosa que la manera de construir liderazgo político en una sociedad preindustrial.